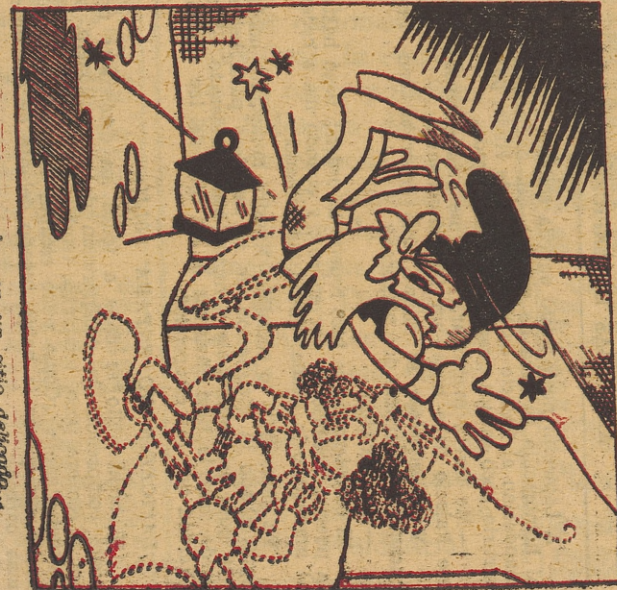
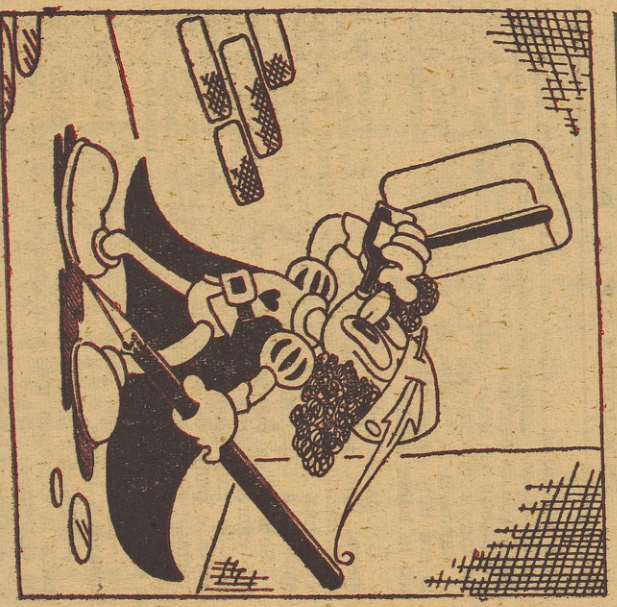


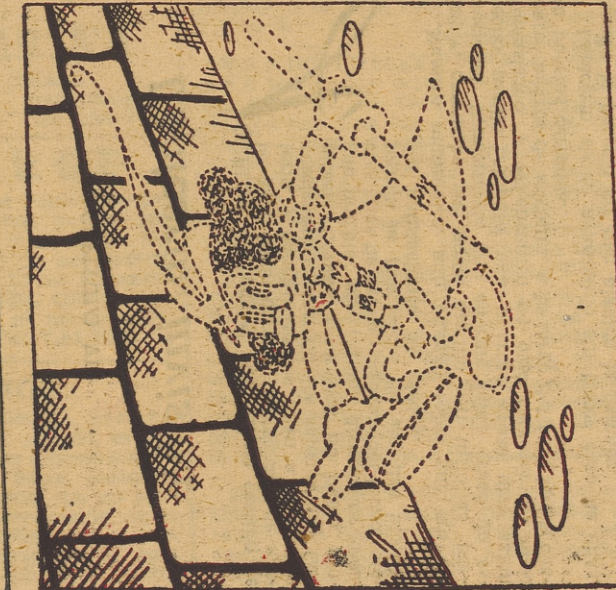


BIBLIOTECA DE «EL PEQUE»

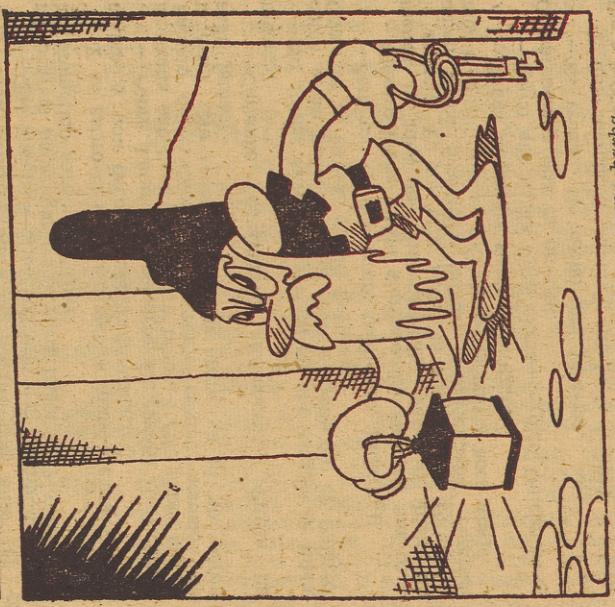
...recibió un golpe en un sitio delicado...
—¿Dónde?
—De momento, a la presencia del elegante Grande.
—¿Y después?
—¡Ahí! Y el enano se encogió de hombros, mientras, después, desapareció en su rostro una sonrisa burlona.



ANDANZAS DE LAPICERIN

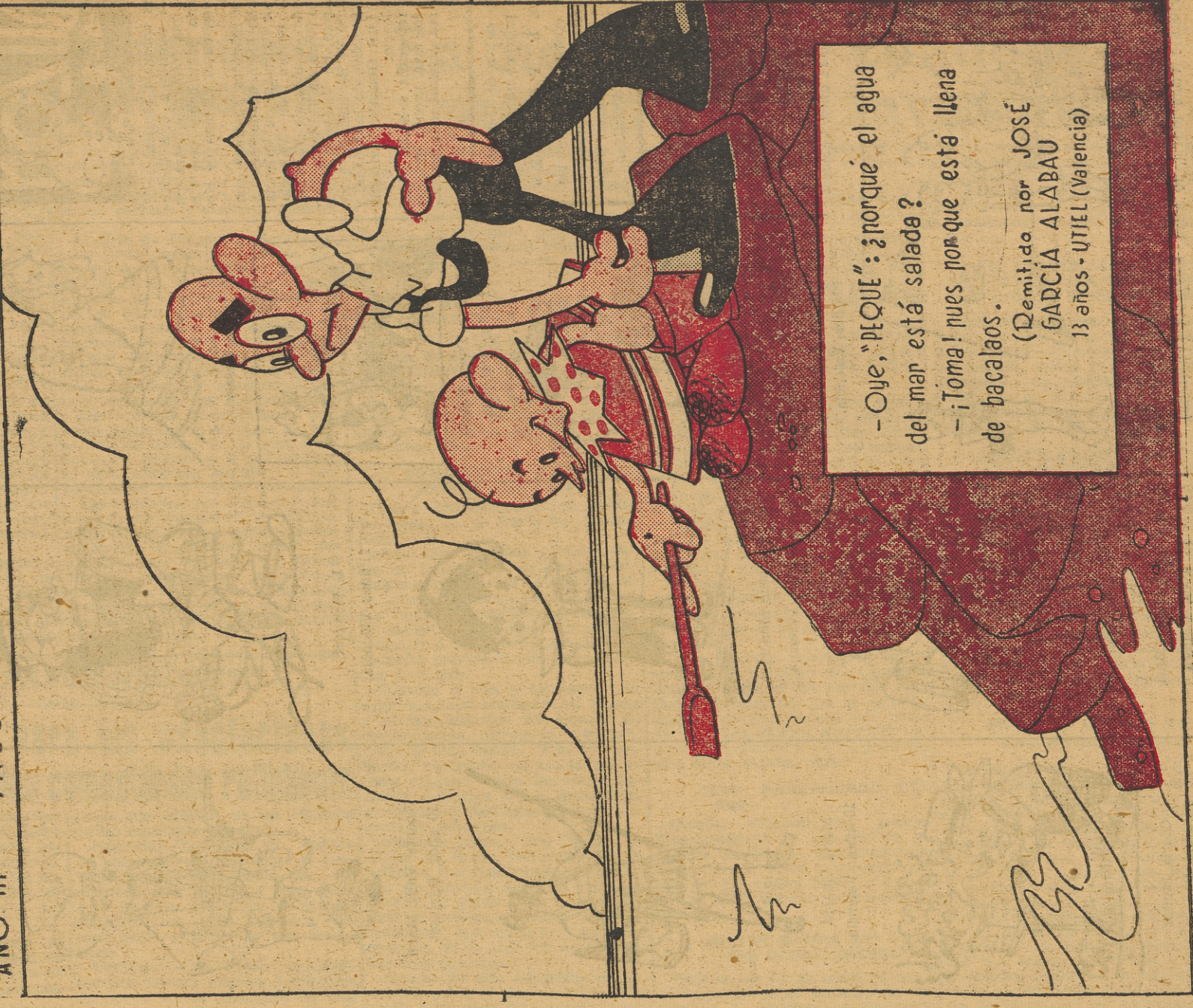


La llamada se hizo más perceptible
pudo escuchar de nuevo la llamada, que salía de una de las cerradas puertas. Prestó atención, oyó rumor de voces, empujó la puerta y entró resueltamente. Pero aquella sala estaba totalmente desierta.
¿Quién le había llamado? ¿Sería otro invisible como él?



BIBLIOTECA DE «EL PEQUE»

...un enanillo con una enorme barba...
—Mi poder no alcanza para eso. Estás en el castillo de Grandullón.
—¿Y Pitusa? ¿También está aquí?
—No. Pitusa está prisionera en el Palacio de la Montaña de Hielo.
—¿Dónde está eso?



—Oye, "PEQUE": ¿porqué el agua del mar está salada?
— ¡Toma! pues porque está llena de bacalaos.
(Demitido por JOSÉ GARCIA ALABAU 13 años - UTIEL (Valencia))



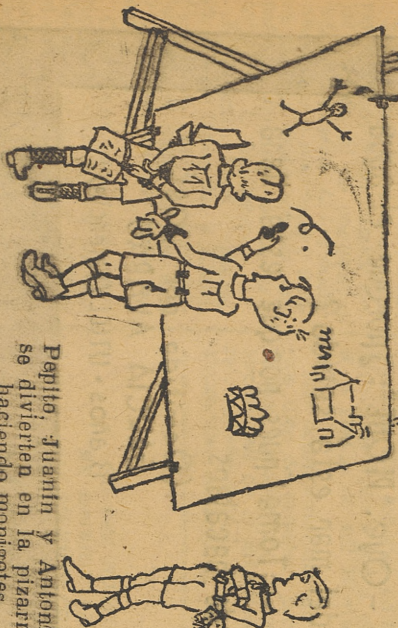
Los «peques» siguientes deberán remitir a esta Redacción una fotografía, para publicarla juntamente con sus dibujos, en el «Album de Honor».

Los referidos «peques» son:
Gelm Albiñana, de Valencia;
Leonor Sanjuán, de Valencia;
Juli Segura, de Valencia;
Saverio Muñoz, de Valencia;
Pepito Ferré, de Valencia; Mario Arco, de Valencia; Jesús del Pozo, de Benimamet; Francisco Sanchis, de la Cañada, y José Luis González Perregés, de Valencia.

No dejéis de leer en el próximo número de «EL PEQUE» la continuación de las «Andanzas de Lapicerín», que publicamos en páginas encuadernables.



Ramón Morán
14 años, Valencia



Pepito, Juanín y Antonio
se divierten en la pizarra
haciendo monigotes
Vicente Valls Martí, 10 años, Burjassot (Valencia)



Jean Dupuy



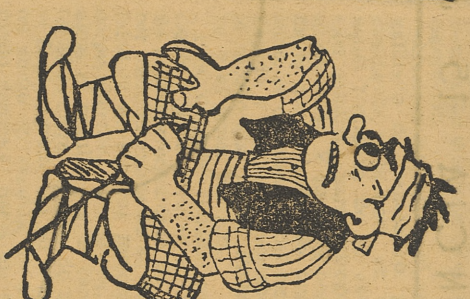
Enrique Tusel Vinals,
11 años, Valencia.



Eloy Yagüe,
10 años, Valencia.



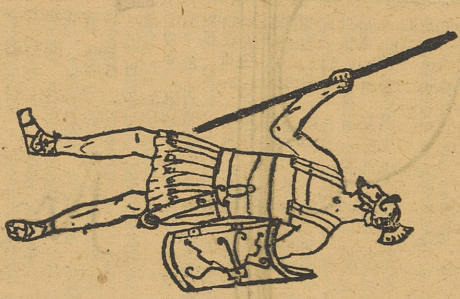
Joaquín Hoyo Mari,
10 años, Cullera.



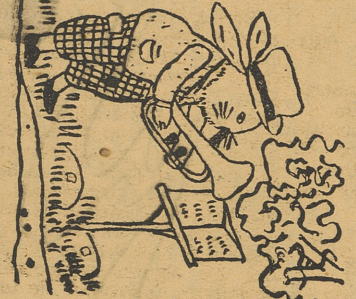
L. Ramírez,
11 años, Valencia.



Rafaelín Moricholi,
9 años, Valencia.

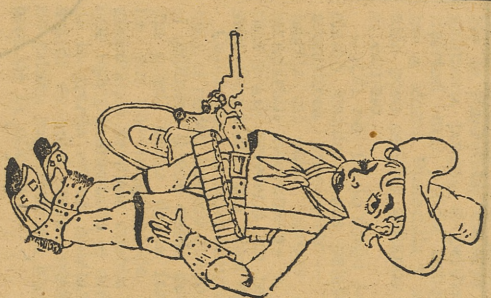


Maria Guadalupe,
10 años, Valencia.



Gloria Muñoz,
12 años, Valencia.

TONIN EL BAQUERO



Vicente Valls Martí
10 años, Burjassot.

«EL PEQUE» DE VALIOTIET

ANDANZAS DE LAPICERIN

—Muy lejos, muy lejos. Por muchas veces que digas muy lejos, siempre estará un poquito más allá.

—¡Qué lastima!—dijo Lapicerín con desahogo—. ¿Y no podrías hacer que yo llegara hasta allí? Porque yo he prometido salvar a Pitusa.

Y se estiró cuatro centímetros, dando a su voz un aplomo y una decisión extraordinarios.

—¡Pobre Lapicerín!—susurró Dulcinea acicalando la pizada cabellera de nuestro héroe—. ¿No sabes que el Palacio de la Montaña de Hielo es una mansión de muerte? ¿No sabes que quien entra en el no podrá salir jamás?

—¡Caramba, caramba!... Entonces... ¿Pitusa ha muerto?

—No, Pitusa estará convertida en una estatua de hielo, como están todos los que han entrado en el Palacio. Como tú lo estarías si allí llegaras.

—Pero eso es horrible, tremendo, ¡interhal!

Nuestro héroe quedó aterrado. La cosa no era para menos. La idea de convertirse en estatua de hielo, no le seducía. Y, por otra parte, la suerte de Pitusa, a quien había prometido salvar, le preocupaba enormemente. Sintió que el corazón se le volvía boca abajo.

—Tengo la sangre negra—murmuró.

—Como que es de tinta china—le dijo Dulcinea—. Comprendes que es natural.

—Es verdad. He dicho una tontería.

Y una mezcla de rubor y miedo le inundó el alma. Iba a hablar de nuevo, cuando el Hada le impuso silencio.

—¡Calla!—le dijo—. Viene gente y no deben verme aquí. Déjame marchar, Lapicerín. Yo velaré por vosotros. Haz girar de nuevo la esmeralda, y me verás desaparecer.

Lapicerín obedeció: hizo girar la esmeralda, y el

—¡Muy lejos, muy lejos!—dijo Lapicerín con desahogo—. ¿Y no podrías hacer que yo llegara hasta allí? Porque yo he prometido salvar a Pitusa.

Y se estiró cuatro centímetros, dando a su voz un aplomo y una decisión extraordinarios.

—¡Pobre Lapicerín!—susurró Dulcinea acicalando la pizada cabellera de nuestro héroe—. ¿No sabes que el Palacio de la Montaña de Hielo es una mansión de muerte? ¿No sabes que quien entra en el no podrá salir jamás?

—¡Caramba, caramba!... Entonces... ¿Pitusa ha muerto?

—No, Pitusa estará convertida en una estatua de hielo, como están todos los que han entrado en el Palacio. Como tú lo estarías si allí llegaras.

—Pero eso es horrible, tremendo, ¡interhal!

Nuestro héroe quedó aterrado. La cosa no era para menos. La idea de convertirse en estatua de hielo, no le seducía. Y, por otra parte, la suerte de Pitusa, a quien había prometido salvar, le preocupaba enormemente. Sintió que el corazón se le volvía boca abajo.

—Tengo la sangre negra—murmuró.

—Como que es de tinta china—le dijo Dulcinea—. Comprendes que es natural.

—Es verdad. He dicho una tontería.

Y una mezcla de rubor y miedo le inundó el alma. Iba a hablar de nuevo, cuando el Hada le impuso silencio.

—¡Calla!—le dijo—. Viene gente y no deben verme aquí. Déjame marchar, Lapicerín. Yo velaré por vosotros. Haz girar de nuevo la esmeralda, y me verás desaparecer.

Lapicerín obedeció: hizo girar la esmeralda, y el

Lapicerín, invisible

CAPITULO VI

Nuestro muñequito, aun cuando sabía que era invisible, caminaba por aquel castillo con infinitas precauciones. Primero vio una enorme sala; cruzó otro salón inmensísimo, y se encontró en otro corredor de unos cuatro metros de anchura, a lo largo del cual había cuatro puertas cerradas.

Lapicerín siguió avanzando sin hacer caso de ellas, cuando le pareció oír que alguien le llamaba.

—¡Christ!—oyó a sus espaldas.

Se volvió rápidamente, pero no vio a nadie. ¿Sería verdad que le llamaban o sería solamente una ilusión?

—¡Christ! ¡Christ!

Se hizo más perceptible; volvió sobre sus pasos, y

Los hombres que vuelan

Por LUIS MOTTA

(Continuación)

La insensata pasión de aquel hombre, su envidia de inventor fracasado, su odio de razas, se manifestaban en esos atentados, dignos más de un criminal de profesión.

Después de unos instantes de reposo, Marchal se sintió nuevamente levantado y conducido a lo largo de un pasillo que debía ser muy estrecho, porque de vez en cuando tropezaba en las paredes, ya con una mano ya con un pie.

Los que le llevaban se pararon en seco; una llave giró en su cerradura, una puerta rechinó sobre sus goznes y un viento frío azotó en el rostro al desgraciado aviador; luego le dejaron sobre el piso húmedo.

El prisionero supuso que debía hallarse en una cueva o un sótano; la prisión se cerró tras él con gran ruido de llaves y cerrojos.

Quedó solo, preso, abandonado en la obscuridad a su lúgubre destino; una indecible angustia le oprimió el corazón y una violenta necesidad de llorar se apoderó de él.

Entonces tuvo el presentimiento de lo que le aguardaba; debía permanecer encerrado hasta que hubieran partido todos los aviadores.

Por lo visto, Bonnard no quería más que impedir el triunfo de su enemigo; sus cómplices no se hubieran atrevido a matarle, porque la muerte de Marchal hubiera suscitado apasionados comentarios e investigaciones para depurar responsabilidades; era mejor detener al aviador e interponerse entre Marchal y su victoria, y todo lo más causar algunos desperfectos al aparato.

Transcurrieron varias horas; Marchal las oyó dar en un reloj vecino; cada campanada era una puñalada que le acesaban en el corazón; en efecto, cada hora que pasaba le acercaba más a la que había de marcar el momento de la salida. No podía presenciarla; retenido por la fuerza de esta prisión, verla con la imaginación partir a sus rivales sin él. No podría unirse a sus concursantes... Cuando, libre ya, pudiese tender el vuelo en aquel Dijón, abandonado por los aviadores, sus competidores se hallarían cerca del término de la carrera, a la vista de la Ciudad Eterna.

Ante tal idea se mordía los puños de rabia y la desesperación le arañaba las entrañas. Agarrado por fuertes ligaduras, se debatía inútilmente sin conseguir más que hacerse grandes heridas en la carne. Entre tanto, se aproximaba el alba; por un pequeño tragaluz penetraba una claridad pálida e indécisa.

Los objetos iban contorneándose en medio de la espesa sombra que los envolvía; aún Marchal consiguió quitarse la venda que le tapaba los ojos, y su mirada pudo inspeccionar los rincones más apartados de su prisión.

Se hallaba en un cuarto al nivel del piso de la calle, en uno de cuyos lados había un montón de leña y cajones deshechos. Enfrente del lugar donde Marchal estaba, se veía un agujero oscuro; debía ser donde se preparaban los materiales que debían pasar después a la cocción.

Quando el aviador se dio cuenta del sitio donde le habían dejado, sintió renacer en su corazón una vaga esperanza.

Examinó la ventanilla por donde entraba aquella luz pálida; la cerraban unos barrotes robustos, protegidos por una tela metálica; pero esta salida no ofrecía ninguna probabilidad de escape. Entonces el prisionero miró hacia el boquete y esbozó un plan de evasión.

A fuerza de debatirse y tender los músculos, logró desatarse la mordaza; después, con los dientes, se puso a arrancar hilo por hilo las ligaduras que ataban sus brazos. Quando consiguió ponerse en pie, dispuesto a todo con tal de recobrar la perdida libertad, la pálida claridad del alba tenía el cielo.

Primero se dirigió al tragaluz; pero después de tocar los barrotes se convenció de que era imposible arrancarlos. Entonces se aproximó a la boca del horno, se alzó sobre los bordes y se deslizó dentro.

Una profunda obscuridad le envolvía por todas partes, a tientas y tocando aquellas paredes ahumadas, logró llegar al fin. Una bocanada de aire le dio en la cara; miró hacia arriba y entrevió una ligera claridad; al extremo de la alta chimenea vio un trozo de cielo.

—¡Por ahí!—pensó Marchal—. ¡Por ahí está la salida! Reflexionó unos momentos, considerando lo que iba a hacer y principió a subir con gran precaución. La abertura era tan estrecha que un hombre no podía pasar sin dificultad; sin embargo, gracias a los esfuerzos sobrehumanos que hizo, logró subir; el hollín caía bajo sus pies y

¡REVOLTELLO CHISTES

Un personaje influyente pregunta a su hijo:
—¿Has salido bien en el examen?
—Sí, papá. Me han dado sobresaliente.

—¿Y qué te han preguntado?
—Si era hijo de usted.

—Si era hijo de usted.
Luis Alexandre Peris, 8 años. Valencia.

ENTRE AMIGOS

—Oye, Peque: ¿en qué se diferencian los palos de un barco de los caramelos?
El Peque: No lo sé.

El amigo: En que los palos del barco son palos grandes, y los caramelos son palos chicos.
Vicente Ferris, 11 años. Valencia.

ORIANO OBEDIENTE

En conde X toma a su servicio un criado muy bruto.
—José—le dijo—quiero que pre que me levante. ¿Has oído?

Al decir esto, el conde tropezó en la alfombra y cayó contra la mesa.

—¡Animal!—gritó aquí desesperado.
—Estaba esperando que se levantara el señor conde para darle los buenos días.

Miguel López Alamo, 13 años. Valencia.

El profesor:

—Peque, ¿qué es Química?

El Peque:

—Química... Química... Señor profesor: la pregunta es fácil, pero la respuesta es difícil.

Juan Parra, 12 años. Valencia.



Rojo-43

¡Infantiles



Falla número 5, Plaza de Jesús y adyacentes:
Presidente, José Timoneda, 12 años; vicepresidente, Vicente Suschs, 13; secretario, Manolito Rodríguez, 13; vicesecretario, Paquito Lliso 13; presidente de festejos, Francisco López, 14; belleza fallera, Anitón Martínez, 12; damas de honor, Emilina Pisco, 13, y Carmencin Algarra, 12; vocales Silvio López, 10; Luis Gómez, 12; Jaime Vila, 11; Teresín Ruiz, 11; Dorita Sanchis, 12, y Carmencin Rubio, 10.

